

Reyes escribe: "¿Cómo podría yo considerar esa controversia con desvío ni recelo, si ella me valió para siempre la amistad de Héctor, y a ambos nos hizo tanto bien?" Hay en estas frases un sentimiento retrospectivo: *recelo y devío* que sintió en el momento de la polémica y que recordó y escribió para borrarlos definitivamente de su memoria, y una palabra; *amistad*, que forman —sentimiento retrospectivo y palabra del presente— los dos polos opuestos en que se movió, de uno a otro y en conclusión positiva, el espíritu oscilante —y mexicano por tanto— de Alfonso Reyes. Don Alfonso pasó de un sentimiento incómodo al dulce y constructivo momento de la amistad, por medio de un "diálogo en que verdaderamente se cambian maneras de pensar y formas de sentir", a que alude Reyes Nevarez en su ensayo sobre *El amor y la amistad en el Mexicano*. Y aunque no hubiera habido movimiento oscilatorio de uno a otro vértice del espíritu, bastaría con la palabra amistad, puesta con "sensibilidad de origen", para dar la nota mexicanista de Alfonso Reyes. La palabra *amistad* precedida de un oculto sentimiento de gratitud para con la polémica, está dicha con el carácter peculiar del espíritu nacional, con el tono de una manera de ser, con el ademán de simpatía que "es comunidad de sentimientos", como afirma el propio Reyes Nevarez. *Finura, oscilación, simpatía y amistad*, características, entre otras, del mexicano, apuntan, en unas cuantas líneas, el espíritu de don Alfonso Reyes; y estoy seguro de que no escogió ideas ni palabras para dejar, exprofeso, esa impresión. Fueron ellas manifestaciones instintivas, y, por tanto, ajenas a toda premeditación, porque —según él mismo afirma— "quien dice: "voy a ser instintivo", *no puede serlo ya*".

Pero vayamos a la "evidente desvinculación de México" de que lo acusó Héctor Pérez Martínez, y veamos lo que respondió a esa agresiva interpelación: "en todo este tiempo —dice don Alfonso refiriéndose a los veinte años que tuvo que pasar fuera de México—, he publicado muchos libros de prosa y unos pocos de versos. Quien tuviera la paciencia de examinarlos, fácilmente se convencería de que no hay uno solo en que no aparezcan el recuerdo, la preocupa-

ción o la discusión directa del tema mexicano"; y en realidad, en cada libro suyo, hay uno o varios artículos periodísticos o discursos en donde hace acto de presencia nuestro patrio solar, lo cual es una manifestación clara de la constante vibración del nombre de México en el pensamiento del escritor que, además, consagra su preocupación a servir a su patria en la delicada misión de representarla políticamente ante otros países; posición desde la cual se hace difícil toda labor nacionalista, ya que "cualquier palabra imprudente parece caer sobre un país entero". Y francamente, es bastante difícil desvincularse de la patria, si el trabajo consiste precisamente en tratar en el extranjero todo lo que a ella concierne; procurar de la mejor manera obtener siempre los mayores beneficios para ella, y conservar, engrandeciéndolo, su prestigio, no sólo en una sino en todas las actividades que con su nombre internacional se relacionen. Pero esto, es un mexicanismo que no se toma como tal, porque no habla del charro mixtificado, ni de la danza adulterada, para satisfacer aquí, en nuestro propio suelo, el mal gusto del turismo ranchero, que nos visita con ignorante curiosidad desde esas tierras que un día legítimamente nos pertenecieron y que nos arrebató por la fuerza una adversidad injusta.

Alfonso Reyes no entiende, ni practica en efecto, el mexicanismo de la "jícara" ni del grito zumbón y patriotero, porque "creer que sólo es mexicano lo que expresa y sistemáticamente acentúa su aspecto exterior de mexicanismo, es una verdadera puerilidad"; y en cuanto a la literatura, es un grosero error juzgar su carácter sólo por sus referencias anecdóticas —dice Reyes. "La literatura mexicana es la suma de las obras de los literatos mexicanos", y de su buena o mala calidad, depende el beneficio o el mal que se le haga a México; y desde este ángulo nadie puede negar el bien que Alfonso Reyes ha hecho a nuestra patria.

Como razonada justificación a su labor sobre motivos extraños a México, dice: "Advertí en la Historia, que las literaturas nacionales se enriquecen más con la libre creación que con la creación de pie forzado que pretendiera ajustarlo todo a una previa "sofistería



teórica". Tesis ésta que revela la raíz, el arranque, de su interés por el estudio y la creación de temas ajenos a la anécdota mexicana; interés que no lo ha alejado del que merecen para su universalidad involuntaria, los motivos de nuestra realidad nacional.

Y refiriéndose al *folklore* que tanto entusiasma los sentimientos mexicanistas de las mayorías, don Alfonso precisa que "tampoco hay que figurarse que sólo es mexicano lo folklórico, lo costumbrista o lo pintoresco"; y agrega que "todo esto es muy agradable y tiene derecho a vivir, pero ni es todo lo mexicano, ni es siquiera lo esencialmente mexicano". Nuestra realidad "reside en una intimidad psicológica, involuntaria e indefinible por lo pronto, porque está en vías de clarificación". La afirmación del maestro es bien clara, porque —nadie puede ocultarlo— aun nos estamos construyendo. Cada uno de nosotros, en mejor o peor calidad, o cantidad, está poniendo una piedra angular en el edificio de lo que será *lo mexicano*. Cortar las alas a cualquiera de los vuelos espontáneos, es "interrumpir esa química secreta" que algún día nos llevará a la fórmula de lo que somos y de lo que en realidad tenemos que defender y elevar de nivel cualitativo.

Hasta hoy, Alfonso Reyes ha puesto como aportación al patrimonio intelectual de los mexicanos, desde uno u otro ángulo, lo mejor de su espíritu y de su talento. Ha puesto su mirada en los Pirineos y en los volcanes del Japón; en el trópico sudamericano y en las estepas rusas; en la sequedad de los sajones y en el fresco bullicio latino; en la Francia perdurable y en la Grecia eterna. Su inquietud intelectual lo ha llevado a conocer lo ajeno —si hay en la cultura algo que pueda sentirse así— con una clara visión que todo lo abarca y todo lo penetra. Visión del mundo intelectual y sensitivo; conocimiento del alma y del pensamiento que no alienta ni vibra en nuestro suelo; testigo de la realidad y la fantasía de otros pueblos. Sí; pero también testigo de nuestra evolución y de nuestra revolución espiritual; conocimiento de nuestra verdad y de nuestra hermosa mentira; visión de nuestra historia antigua, de nuestro pasado inmediato y de nuestro ansioso presente; en suma,

visión del mundo ajeno y visión del mundo propio, particular y amado. ¿Quién puede negarle todo esto a Alfonso Reyes? Y en el caso del mundo propio, particular y amado, cuya comunión se le ha querido regatear, con valor públicamente, y con cobardía en el chisme ocioso de café, ¿no tiene para desmentir un precioso argumento tan sólo con su *Visión de Anáhuac*? Y digo *tan sólo*, porque hubiera bastado esta narración lírica, llena de poesía, para hacer valedero a Alfonso Reyes, aunque no hubiera escrito nunca su *Discurso por Virgilio*, uno de los primeros lugares entre los escritores mexicanos que mejor han tratado los temas de nuestra patria.

La obra, de corta extensión, que se escribió fuera de las fronteras mexicanas, cuando el autor no llegaba a las tres décadas de existencia, revela no sólo la alta calidad de literato que hay en él, sino también el acendrado mexicanismo de su alma, expresado en forma singular lejos de la tierra que le dió aliento vital a su pensamiento. Este ensayo histórico, rico en poesía, en elegancia de lenguaje, en pensamiento elevado y en sentimiento cordial, ¿no revela, acaso, su preocupación por lo nuestro y la pasión que México despierta en él? Desde el epígrafe: "Viajero: has llegado a la región más transparente del aire", ya se advierte una proyección de mexicanismo tan limpio y transparente como el aire a que alude. Y en todo el breve canto lírico al paisaje y al hombre azteca, hay un afán infatigable de ofrenda sentimental al hombre heredero de ese momento histórico —epopeya guerrera que conoció el milagro de transformarse, sin perder su calidad asombrante, en perfil literario, en donde las palabras y los pensamientos semejan una caricia del tiempo que revive un momento de sombra y de luz; y, no pudiendo contener el deseo de transcribir un párrafo, lo hago a continuación:

"En aquel paisaje, no desprovisto de cierta aristocrática esterilidad, por donde los ojos yerran con discernimiento, la mente descifra cada línea y acaricia cada ondulación; bajo aquel fulgurar del aire y en su general frescura y placidez, pasaron aquellos hombres ignotos la amplia y meditabunda mirada espiritual. Estáticos



ante el nopal del águila y de la serpiente —compendio feliz de nuestros campos— oyeron la voz del ave agorera que les prometía seguro asilo sobre aquellos lagos hospitalarios. Más tarde, de aquel palafito había brotado una ciudad, repoblada con las incursiones de los mitológicos caballeros que llegaban de las Siete Cuevas —cuna de las siete familias derramadas por nuestro suelo. Más tarde, la ciudad se había dilatado en imperio, y el ruido de una civilización ciclópea, como la de Babilonia y Egipto, se prolongaba fatigado, hasta los infaustos días de Moctezuma el doliente. Y fue entonces cuando, en envidiable hora de asombro, traspuestos los volcanes nevados, los hombres de Cortés (“polvo, sudor y hierro”) se asomaron sobre aquel orbe de sonoridad y fulgores— espacioso circo de montañas.

“A sus pies, en un espejismo de cristales, se extendía la pintoresca ciudad, emanada toda ella del templo, por manera que sus calles radiantes prolongaban las aristas de la pirámide.

“Hasta ellos, en algún oscuro rito sangriento, llegaba —ullando— la queja de la chirimía y, multiplicando en el eco el latido del salvaje tambor”.

¿No hay aquí una contemplación amorosa que sólo pudo realizarse a través del interés histórico y a muchas olas de distancia? Un océano inmenso y altanero no pudo detener la marcha del pensamiento y la sensibilidad de un punto hacia otro de la historia.

Pero *Visión de Anáhuac* no sólo es narración histórica y obediencia reverente. En ella, Alfonso Reyes se detiene, con mexicana sensibilidad, como tocado por un misterioso encanto poético, para hundirse en la obsesión mexicana por la flor; obsesión que no ha perdido nuestro pueblo, a pesar de los siglos transcurridos, de la mezcla de razas y costumbres y del turismo pecoso y soso. Alfonso Reyes se hunde en las flores que ama el indio, con el mismo calor con que Carlos Pellicer se entregó a esa obsesión mexicana en su *Discurso por las flores*, y Diego Rivera da el toque de aroma, frescura, colorido y tragedia, a la angustia social y espiritual del indio



de nuestros días, cuando pone en sus ramos de flores encendidas, como estandartes del corazón de nuestros campos, la frase del poeta precortesiano: “Yo soy miserable, como la última flor”.

Y Alfonso Reyes, fuera del ambiente físico en que predomina la obsesión contemplativa de la flor, siente vibrar su espíritu ante el recuerdo de una filosofía de su pueblo: la del color aromado que sólo puede dárnoslo, en plenitud artística, la flor; esa que como lluvia de arcoiris “cayó sobre las cabezas de los hombres al finalizar el cuarto sol cosmogónico”. Y era que “la tierra —escribe Reyes— se vengaba de sus escaseces anteriores y los hombres agitaban las banderas de júbilo”.

“*La flor, madre de la sonrisa*”, según expresión felicísima de El Nigromante, había llegado a despertar el entusiasmo de un imperio; y Alfonso Reyes, desde Madrid, recoge ese despertar mexicano encerrado en una corola histórica, para soltarlo al aire del presente con el impulso de su “sensibilidad de origen”.

Y así va esta *Visión de Anáhuac* que tuvo Alfonso Reyes, en cuya brevedad —milagro de amor y arte— cabe el alma del hombre sensitivo, entregándose limpiamente a la tradición de un pueblo.

Mas un análisis detenido de su obra —laboriosa pero agradable tarea— nos daría numerosos ejemplos de la permanente vibración de México en este escritor, que sin dejar de ser mexicano, sin desprenderse del espíritu de su pueblo, para orgullo de éste proyecta su gloria hacia todos los ámbitos del Universo.

Su mexicanismo se mueve a lo largo de su labor literaria, desde la breve alusión al “soez violín mexicano”, hasta, como hemos visto, las excelsitudes de *Visión de Anáhuac*, pasando por un *Discurso por Virgilio*, *A vuelta de correo*, *Juan Peña*, *Los dos augures*, *Psicología dialectal*, etc.; obras que nos darían tema para varias horas de charla, pero, seamos todos sinceros, ustedes están aburridos y cansados de oírme, y yo, cansado de hablar y contento por



haber contado con un auditorio tan benévolo como paciente.

Para concluir, permítaseme exclamar con el Maestro Alfonso Reyes: "¡Oh x mía, minúscula en tí misma, pero inmensa en las direcciones cardinales que apuntas: tú fuiste un crucero del destino!"

Alfredo PERERA MENA.

México, Octubre 20 de 1954.

Palacio de Bellas Artes.

### ALFONSO REYES

¿Por qué me había imaginado que Alfonso Reyes era adusto? Quizá porque nunca había conocido a un verdadero talento y estaba habituada a las pedanterías y rebuscamientos de aquellos escritores, de aquellos espíritus que, como dice Nietzsche: "enturbian sus aguas para hacerlas parecer profundas", y con lo cual, no sólo hacen sospechosa y opaca su palabra y su obra, sino que adquieren aires de buitres atufados.

¡Qué gran sorpresa cuando vi que aquel a quien tanto conocía, y amaba por las amables horas de compañía que me había dado con sus libros, era la gallardía, la llaneza, la sonrisa en persona. Yo no sé...! ¡Mentira!, yo sé lo que hay en él de embriaguez, de alegría, de entusiasmo, de juventud que abriga el ambiente en el que entra. Ya lo dijo Juan Ramón Jiménez: Doble, triple ser en instinto, sustancia gris, ansia y fomento de la existencia. Hombre trino y un Alfonso Reyes, superior en espíritu, cultura, conciencia, despejo, tolerancia. Una cabeza entera. ¿Desde dónde venía, así preparado de lo ajeno, de dónde le llegó lo diferente que él mismo le añadía, se incorporaba, se donaba? Bello caso del destino resuelto. Tres razas por lo menos, sumadas en cuenta final. ¿Cuánto? Su prosa, su verso lo dirán a quien no lo conozca de vista. Las siete personalidades, la oblicua, la redonda, la recta, la picuda, la cuadrada, la horizontal, la vertical. Caminos indígenas, españoles, mexicanos hacia lo total permanente. Y todos caminos por lo sumo, con entrega y con análisis, con profundidad y alegría; con decisión y con serenidad, sin perder nada, ni una coma, tránsito internacional y universal".

De estas siete personalidades, de esa insólita capacidad de penetración que hasta podría asustar o cohibir si no fuera por su cordial sonrisa, brota, precisamente, la radiante luz que derrama a su alrededor. Y esta luz, además, tiene el don de acariciar el espíritu: está amalgamada con la ya célebre sinceridad de Alfonso.